

III

El domingo siguiente, en misa, en el momento del ofertorio, en el silencio y el recogimiento del templo, un paso ligero, seco, aristocrático, hirió el oído de la señora de Croix-Mort. Instintivamente su corazón latió más presuroso, sintió zumbido en sus oídos, y le pareció que se movían las letras del Oficio divino en que estaba leyendo devotamente. Dijo: "Es él.". Pero no se atrevió á mirar. Bajando la cabeza, procuró fijarse con más atención en las oraciones del libro. Pero, en vez de santas plegarias, eran pensamientos profanos los que ocupaban su imaginación. Y toda aturdida, la mirada vaga, quería no ver más que al señor Cura Levasseur, que, revestido con su casulla color lila, bordada de plata, su robusto cuello amoratado rebasando por el cuello de su sobrepelliz, pasaba de derecha á izquierda, hojeando su misal lleno de cintas multicolores. Pero in-

voluntariamente, ante sus ojos aparecía el apuesto Fernando, con su buen talle, su elegancia y su barba rubia, casi dorada. Y preguntábase: "¿Cómo será esto? ¿Cómo habrá venido á la iglesia?... Porque antes no venía." Y una voz secreta le respondía: "Eres tú quien le atrae. Ha venido sólo por verte."

Edmea, que había estado de rodillas, se levantó después de la bendición, y mirando indiferente á su alrededor, vió cerca de la escalerilla del púlpito á su vecino, en pie, con los brazos cruzados, y aparentando poner una gran atención en la sagrada ceremonia.

Cerca de él, los cantores entonaban su canto llano, y el oboe dejaba oír sus ásperas notas. Parecía no oír nada. Su fisonomía expresaba un grave recogimiento. Edmea tocó suavemente con el codo á su madre, y casi sin mover los labios, le dijo:

—Mamá, ahí está el señor de Ayères.

La Condesa miró con severidad á su hija, y no contestó, como escandalizada por la ligereza de Edmea.

El Cura extendió las manos, y pronunció:

—*Ite missa est...* Y la concurrencia, con un ligero rumor, se dirigió hacia la salida del templo.

La señora de Croix-Mort hizo un gesto á su

hija, y, en lugar de dirigirse á la puerta, se dirigieron ambas á la sacristía. Quería evitar el encuentro con Fernando de Ayères. Preocupábalas un temor vago. Se sentía contrariada, porque pensaba demasiado en aquel hombre. La pesada puerta de la sacristía se abrió, y las dos mujeres se hallaron en una salita, cuyas paredes estaban cubiertas hasta la mitad de nogal, donde el Cura, ayudado del Sacristán, revestía su traje de sacerdote. Había en la atmósfera un olor á incienso y á velas recién apagadas, y sobre una mesa, al lado de la estola, se veía un ancho pañuelo de cuadros.

—¡Oh, señoras mías!... ¿Uds. aquí?...—exclamó el Cura, acabando más que de prisa de abotonarse la sotana.—El tiempo no ha dejado á ustedes salir de la iglesia.

Y señalaba á la alta y ancha ventana de la sacristía, que la lluvia azotaba con violencia, lavando perfectamente los cristales.

—Pero siéntese Ud., señora Condesa, y usted también, mi querida Edmea.

Y ofrecía sillas de paja á sus protectoras y amigas.

—Señor Cura—dijo la Condesa,—vengo á recordarle que contamos con Ud. esta tarde.

—Sí, sí, señora, como todos los domingos.

La Condesa conoció que había elegido tor-

pemente el pretexto. El Cura abrió los ojos desmesuradamente. Los tres callaron algunos minutos. El agua seguía cayendo sobre los cristales, movida por el viento, que era muy fuerte.

Edmea se puso en pie, y dando vueltas por la sacristía, dijo al Cura:

—Señor Cura, ¿cómo está su padre de usted? Hace mucho tiempo que no le veo.

—¡Ah, mi amada señorita! El pobre ya no se levanta de la cama. Ya no le llevan las piernas. Tiene noventa y dos años. Pero su cabeza aún está firme... Muchas veces me habla de usted... Y todavía pinta. Verdad es que ya está muy temblón, y muchas veces mezcla los colores sin querer... Pero el pobre se entretiene, y está contento. Ayer me decía muy satisfecho: "Hijo, me parece que aún sirvo para algo".

—Tengo que venir á verle, y le traeré alguna obrilla mía...

—¡Ah! Tendrá mucho gusto—el pobre viejo.

Abriose la puerta de la sacristía, el Cura calló, y, con gran sorpresa y profunda emoción de la Condesa, entró el barón de Ayères. Saludó á las señoras con la amable sonrisa que siempre tenía en los labios, y estrechó las manos del sacerdote con afectuosa familiaridad.

—Perdone Ud., señor Cura—dijo,—si invado este santo recinto. Pero hace algunos minutos que estoy esperando á estas señoras... Es imposible que vuelvan á su casa cayendo un aguacero que no lleva trazas de cesar, y venía á poner mi coche á su disposición.

El Cura no dejó á la Condesa tiempo de responder; y mirando al Barón con satisfactoria emoción, le dijo:

—Tengo mucho gusto en ver á Ud. aquí... Hacía ya tiempo que me tenía Ud. olvidado.

—Ya sabe Ud., padre, que casi siempre estoy en París... Pero ahora haré á Ud. una visita, si Ud. lo permite, mientras estas señoras van á su casa en mi coche, que luego volverá á buscarme aquí.

Y como la Condesa hacía un ademán de confusa protesta, continuó:

—¡Oh! Señora mía, suplico á Ud. que acepte este pequeño servicio. Habiéndome Ud. colmado ayer de bondades, no sería justo negarme hoy este insignificante desquite.

La Condesa no resistió más. Murmuró algunas frases de gratitud, saludó friamente con la cabeza, y seguida del Cura y de su hija, entró en la iglesia, que atravesó lentamente. Al llegar á la puerta de salida, se detuvo un momento, y sin mirar al Cura, le preguntó:

—¿Conoce Ud. mucho al barón de Ayères?

—Desde que nació. Su abuela, la señora de Freteval, fué la que me proporcionó este curato. Es una excelente persona, que tuvo la desgracia de perder á sus padres cuando era muy joven. Á los veinticinco años se halló dueño de una buena fortuna, y entonces... se comprende... vivió un poco de prisa...

—¿Qué edad tiene?

—Debe tener... sí, sí, muy cerca de los cuarenta años.

—¡Ah! Mire Ud.; no lo hubiera creído, porque parece mucho más joven.

—Es que los rubios, señora, disimulan muy bien la edad... Pero si no tiene ya los cuarenta años, lo que es los treinta y nueve debe haberlos cumplido... Y lo podemos saber con toda exactitud, consultando el libro de bautismo... porque él fué bautizado en esta iglesia.

—¡Oh! No hay necesidad,—observó vivamente la Condesa.

Delante del pórtico se hallaba la berlina del Barón. El cocheró, inmóvil en su pescante, en la rígida y correcta actitud de un cocheró de buena casa, no volvió siquiera la cabeza. La Condesa y su hija montaron en el coche. Sonó la portezuela cerrada de golpe por el Cura, que, sin detenerse á ver marchar el carruaje al trote

rápido de la hermosa yegua, volvió apresurado á la sacristía, donde le esperaba el Barón. Éste estaba entretenido en leer en un cuadro colgado en la pared, y al través de un alambrado, la lista de las amonestaciones de matrimonio.

—¿Cuándo veremos en ese papelito el nombre de Ud., mi querido Barón?—le preguntó jovialmente el Cura.

—Señor Cura—le contestó en el mismo tono, —para casarse es preciso ser dos, una mujer y un hombre. Y yo soy sólo hasta ahora. No he encontrado todavía mi media naranja... ¿Conoce Ud. alguna proporción para mí? Siendo elegida por Ud., la aceptaría á ojos cerrados.

El Cura movió gravemente la cabeza, y mirando con fijeza al Barón, contestó:

—Sería aceptar una grave responsabilidad empeñarse en casar á Ud. ¿No lo cree Ud. así? Ha sido Ud. un calaverón empedernido, y no sería yo quien jurase que ya se ha enmendado usted.

El Barón se echó á reír.

—¿Quién sabe si el celo de Ud. podría lograr mi meritoria conversión?

—¡Bah! Creo que mis esfuerzos serían como predicar en desierto.

—Pruebe Ud., si quiere.—¿No ha dicho el Señor: "Habrá más alegría en el cielo por un

pecador arrepentido que por cien justos „...?

—Vamos, mala cabeza; confiese Ud., y dígame qué ha venido Ud. á hacer en este país ahora.

—Pues he venido á hacer economías.

—¿Piensa Ud. permanecer en *La Vignerie*?

—Todo el invierno.

—¿Y en qué va Ud. á pasar aquí el tiempo?

—En cazar, en fumar, y, si Ud. quiere, en meditar, en compañía de Ud., sobre la vida eterna. No dirá Ud., que no estoy en buen camino. Quizás entable relaciones de vecindad con las señoras de Croix-Mort. Pero no lo aseguro, porque estas señoras me parecen un poco retraídas y hoscas.

—Son mucho mas jóvenes que Ud., y su reputación pedría sufrir algo, si le recibiesen á usted con demasiada frecuencia.

—¿Aquí? ¿En este país de lobos? ¿Y quién se había de preocupar de eso?... Pero, veamos: ¿qué edad tiene la Condesa?

—Pues tendrá treinta y siete años, ó algo menos.

Aunque el Cura, como ya sabe el lector, era un hombre sencillo, no dejó de estrañarle la coincidencia de las preguntas de la condesa Reginay del barón de Ayères.

—Quieren saber los dos la edad que tienen

respectivamente— se dijo:— es cosa singular.

Si hubiera podido leer en la mente del uno y del otro, se hubiera asombrado aún más.

En su imaginación se fijó la idea de que comenzaba á formarse un proyecto imprevisto, extraño, ciertamente; pero, sin embargo, realizable, á su juicio: el del matrimonio de Fernando y la señorita de Croix-Mort. Y pensaba el Cura; ella tiene dieciseis años; pero, criada al aire libre y en la vida activa del campo, es ya tan mujer como si tuviera veinte.—El joven Barón—un joven bastante maduro, eso sí—tiene cuarenta; pondremos treinta y ocho, que es muy diferente. La cifra *cuarenta* suena muy mal en la edad de un novio... Pero, por su aspecto, por sus cualidades, por su jovialidad, nadie diría que tiene más de treinta. Y un nombre ilustre, y consideración en la sociedad. Lo que es por aquí, no hay partido mejor que el Barón... Y la Condesa no parece resuelta á volver á París... Luego no sería ningún disparate...

Y aquí llegaba en sus reflexiones el bueno del Cura, cuando le volvió á la realidad la voz del Barón, de cuya suerte disponía con tanta facilidad.

—Señor Cura —le dijo—mi coche habrá vuelto ya, y voy á dejar á Ud. Ya son las doce y

30638

media; Ud. está en ayunas, y es una imprudencia privarle de almorzar.

—Si mi almuerzo no fuera tan frugal, que, por serlo, es indigno de Ud., con mucho gusto le invitaría á mi mesa, —dijo el Cura.

—Gracias de todo corazón... Ud. es quien pronto me hará el favor de acompañarme á comer... Ahora no se mueva Ud., que yo sé salir, y no quiero que vuelva Ud. á atravesar la iglesia, que está fría. Hasta muy pronto, mi querido señor Cura.

Apretó afectuosamente las manos del buen sacerdote, y rápidamente, para que no le siguiera, salió de la sacristía.

Maldito si pensaba en casarse Fernando de Ayères. Edmea, con sus brazos largos, su talle delgado y su rostro todavía de niña en plena transformación, le había parecido medianamente agradable. La Condesa le había gustado mucho más. Reducido por locuras de todo género á una situación precaria, habiendo perdido con los caballos lo que las mujeres no le habían gastado, se resignó, siguiendo el consejo de su Administrador, á vivir un año ó dos en el campo para que en tanto volviera el agua al molino. Estaba en París tan comprometido como puede estarlo un hombre que durante quince años ha recorrido todos los pal-

cos proscenios de los teatros en compañía de todas las *vengadoras* y *horizontales* más renombradas, y dejado sobre las mesas de los círculos el dinero jugado al *treinta y cuarenta* y al *baccarrat*. Para llegar á esta situación, había devorado ochenta mil francos de renta. Y estaba realmente mucho más fatigado que si hubiese trabajado asidua y utilmente para ganarlos. Con los restos de su fortuna, un hombre habil y experto, que, rareza providencial, era al mismo tiempo un hombre de bien, se había empeñado en la empresa de reconstituirle un capital muy presentable, pero con la expresa condición de ausentarse de París, para que sus acreedores perdieran la esperanza de verle acudir á ellos con una de esas necesidades inmediatas de dinero que dan á los billetes de cien francos un valor de cuatrocientos. Había, pues, consentido en eclipsarse, pero no lo había hecho de buena gana. No tenía ninguna afición á la vida retirada y contemplativa, y causábale horror la soledad. La finca donde su abuela, la señora de Freteval, había vivido hasta su muerte, estaba, por fortuna, en perfecto estado de conservación. La humedad no había hecho demasiado estrago en el mobiliario, y puestas las alfombras y colgados los *portières*, la residencia no dejaba de ser comfortable. Allí vivía, seis se-

manas hacía, entre sus dos criados, sus perros y sus caballos, aburrido ya de los unos y los otros, y meditando, no sobre la vida eterna, como había dicho al Cura, sino sobre la vida humana y sus muchas vicisitudes.

La aparición de la señora de Croix-Mort en aquel desierto le pareció encantadora. Una figura animada, una figura femenina, ante los ojos de un desheredado reducido al abandono y al silencio, era un desquite que, compadecido, le ofrecía su contrario destino. Este naufrago de la fortuna, que se agitaba desesperado en su islote desierto, no esperando ningún auxilio ni del cielo ni de los hombres, lanzó un grito de feroz alegría descubriendo aquella mujer. Una viuda de treinta y seis años, elegante, bella, bien conservada, ligeramente afectada, era en aquel rincón ignorado de provincia un precioso recurso inesperado. ¡Qué mejor entretenimiento para aquel hombre hastiado, que se dormía leyendo las novelas nuevas, y bostezaba desde las nueve de la noche, acostumbrado, como estaba, á pasar las noches enteras en el círculo! Con su natural fatuidad, no le pasó por la imaginación la idea de que la Condesa pudiera resistirle. No tenía competidor. La plaza fuerte que intentaba atacar no podía recibir ningún auxilio, y, según la teoría

de los sitios, sería plaza sitiada, plaza tomada. Todo era cuestión de tiempo. Y este tiempo le emplearía deliciosamente en esa guerra entretenida del amor, tan llena de astucias, emboscadas y sorpresas. Así pasaría el año de forzosa reclusión, y el fin de su amor coincidiría con el fin de su destierro. Se despediría de su amante provinciana, y volvería á París, para lograr acaso hacer un buen matrimonio que le redendearía. Tal era el programa confeccionado por el barón de Ayères en su imaginación. Si no se distinguía por la absoluta modestia, no dejaba de revelar en su autor un notable ingenio. Otros casos iguales se habían dado, y, por consiguiente, no era excesiva presunción la seguridad de realizar completamente el proyecto.

La imaginación de la Condesa trabajaba también, por su parte, tan activamente como la del Barón, pero en sentido contrario. No pensaba en matrimonio ni en galanteos. La señora de Croix-Mort, desde el primer momento, se había alarmado, notando el aire seductor del bizarro Fernando. Aquella mujer sentimental, nerviosa, romántica, era una mujer honrada. No le hubiera dado miedo un hombre de edad, con los cabellos canos, franco y leal, vecino indiferente, y le hubiera recibido de muy buen grado. Pero aquel lechuguino, de cuello colo-